

Dos figuras y tres sonrisas

Hna. Belén Sarmiento, OCD^{1*}

Dos figuras francesas

En el año 1873 Francia vio nacer a dos grandes figuras: Teresa Francisca Martin, el 2 de enero, y Charles Pierre Péguy, cinco días después, el 7 de enero. A simple vista, sus vidas y su misión eclesial se desplegaron de forma diametralmente opuesta. Teresita, desde el Carmelo, descubrirá progresivamente su puesto en «el corazón de la Iglesia» e impulsará la totalidad de las misiones; y Charles Péguy fervoroso joven socialista y luego padre de familia, permanecerá en el pórtico, en el umbral de la Iglesia, fiel a la representación de una misión de esperanza, como quien sostiene la puerta mirando hacia afuera para asegurarse que nadie quede afuera. El teólogo suizo Hans Urs von Balthasar señaló en repetidas oportunidades la conexión subterránea entre la santa de Lisieux y la fecundidad extraordinaria de la obra de Péguy², destacando como puntos en común: la solidaridad con los pecadores, la centralidad evangélica del niño y la esperanza en la misericordia

^{1*} Nacida en Buenos Aires, ingresó como hermana Belén de Jesús en el Carmelo Santa Teresita de la misma ciudad.

² H.U. von Balthasar, *Gloria III*, Madrid, Encuentro, 1986, 499: «Hemos hablado en otro lugar de las vinculaciones subterráneas entre Teresita y Péguy, que son irrompibles, habiendo total identidad en diversos puntos de sus mensajes, por ejemplo, en lo referente a la idea de la infancia y del corazón de Dios y a la idea de la condenación y de la esperanza. Los hilos de las distintas misiones se entrecruzan estrechamente entre sí, porque Juana está en la línea de Luis, y Teresita en la de Juana. Y Péguy, que se centra en Juana, proyecta en ella a Luis y Teresita. En la comunión de los santos las misiones respectivas se compenetran, se estimulan y se dan el relevo unas a otras. Por su parte, las misiones de los poetas, en cuanto misiones de pecadores que en su obra se consagran a una idea de la santidad y la representan con sus servicios, son como reverberos particulares que irradian desde el orden y la belleza de los santos, están en la línea de la belleza teológica, son su testimonio para el presente». Anteriormente lo había mencionado en su libro *Bernanos, an eclesial existence*, Ignatius Press, 258: «Tanto Péguy como Bernanos han entrado íntimamente en el centro del mensaje de la infancia espiritual proclamado por santa Teresa de Lisieux, ambos son frutos directos de la fecundidad del Carmelo, establecido en todo el mundo contra la esterilidad de un cristianismo que se ha vuelto burgués y decrepito».

de un Dios que juzga como Padre. Sin embargo, para el estudioso de ambas figuras, las intuiciones comunes pueden multiplicarse asombrosamente. Tal es así, que algunos se han preguntado si el poeta francés no habría recibido la influencia de los escritos autobiográficos de la santa de Lisieux que rápidamente se habían difundido luego de su prematura muerte el 30 de septiembre de 1897. Aunque es posible que Péguy haya oído hablar de la joven carmelita³, nada indica que haya leído sus escritos que se divulgaban principalmente en los ambientes católicos tradicionales y monárquicos, por entonces bajo la influencia del pensamiento de Charles Maurras y la *Action française*. Péguy, que alrededor del año 1907 había reencontrado la fe de su infancia, continuaba comprometido con su trabajo político y social, junto a muchos colaboradores, como gerente de *Les Cahiers de la quinzaine* donde mantenía el ideal de su juventud socialista: «decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad»⁴. Sin embargo, desde sus realidades temporales tan distantes, en la aparente oposición entre una vida de compromiso oculto y una vida comprometida públicamente, Teresita y Péguy encontraron un espacio común de profunda renovación en la Escritura y en la emblemática figura de Juana de Arco, que representó para ambos el lazo irrompible entre el plano profano y el espiritual.

La sonrisa de los incrédulos

El mundo moderno fue uno de los frentes de batalla que el joven Péguy denunció con agudeza en diversos escritos, tanto en los primeros años de socialismo como en los últimos, cuando profundizó en los misterios de la fe. Justamente esta fe, donde finalmente vio confluir todos sus ideales políticos y éticos, era la que hacía sonreír a algunos de sus antiguos colaboradores de *Les Cahiers de la quinzaine*, al partido intelectual, a su propia familia —de raíces republicanas— e, incluso, dentro del seno de la Iglesia, a los que querían hacer de él un católico *en regla*. A pesar de todo, Péguy no escribe como un apologeta ni al modo de un proselitista que intenta dar

³ Cf. N. Faguer, *Un constant approfondissement du cœur: L'unité de l'oeuvre de Péguy selon Hans Urs von Balthasar*, Paris: Université Paris-Sorbonne, 2012, 312-316.

⁴ Ch. Péguy, *Œuvres en prose 1898-1908*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, Paris, 1959, *Lettre du provincial*, 94.

argumentos a los incrédulos para que no se burlen de su fe, sino que su voz interpela sobre todo a los creyentes que temen ser burlados. En su magistral obra *Un nouveau théologien*, Péguy arremete contra el ambiguo cristianismo de Fernand Laudet quien había escrito una breve crítica a su reciente *Misterio de la caridad de Juana de Arco*.

Vae tepidis; ay de los tibios. Vergüenza de los avergonzados. Ay y vergüenza de quienes sienten vergüenza. Aquí no se trata tanto de creer o no creer. Ni cuál es la superficie cubierta o descubierta de la creencia. Se trata de saber cuál es la fuente profunda de la increencia, cuáles son las profundidades de estas carencias, de dónde vienen, de dónde proceden estas incredulidades. Ninguna fuente es tan vergonzosa como la vergüenza. Y el miedo. Y de todos los miedos el más vergonzoso es ciertamente el miedo al ridículo, a ser ridículo, a parecer ridículo, el miedo a pasar por imbécil. Se puede creer o no creer (nos entendemos en esto). Pero vergüenza de aquel que negaría a su Dios por no hacer sonreír a la gente de espíritu. Vergüenza de aquel que negaría su fe por no hacer el ridículo, para no hacer sonreír, *para no pasar por imbécil*. Se trata del hombre que no se preocupa por saber si cree o no cree. Se trata del hombre que no tiene más que una preocupación, que solo tiene un pensamiento: *no hacer sonreír al Sr. Anatole France*. Se trata del hombre que vendería a su Dios para no ser ridículo. Se trata del hombre que teme, del hombre que tiene miedo, del infeliz que tiembla en su piel del miedo a tener miedo, del miedo a parecer, del miedo a parecer engañado (de lo que dice), del miedo a hacer sonreír a uno de los augures del Partido Intelectual. Se trata del hombre, del desgraciado atemorizado, que mira por todos lados, que lanza timorato miradas circundantes para asegurarse que nadie de la honorable asistencia haya sonreído a causa de él, de su fe, de su Dios. Es el hombre que lanza miradas preventivas a su alrededor. Sobre la sociedad. Miradas de connivencia. Es el hombre que tiembla. Es el hombre cuya mirada pide perdón de antemano por Dios; en los salones.

Lamentablemente, esta es exactamente la situación del Sr. Laudet o del Sr. Le Grix, según se llame. Todo su artículo tiembla, todo su artículo suda el miedo de parecer creer a los ojos del Partido Intelectual.

*Veamos, ustedes me entienden, no soy tan tonto como para creerlo todo, no soy tan tonto como para creer eso, tal es el leit-motiv vergonzoso, el leit-motiv de cobardía que corre bajo todo este artículo. Y sobre todo no soy tan tonto como para creer como ellos, para creer como todos, para creer como el común, como los pequeños, para creer como los pobres, como los niños, como los pueblos.*⁵

Péguy, con la parresía de los antiguos profetas, denuncia un cristianismo que recorta los excesos de la Revelación y que acalla esas afirmaciones que no encajan perfectamente con la crítica histórica y que incomodan a los intelectuales, esos relatos demasiado simples para ser verdaderos y que escapan al método moderno. Para Péguy, que Anatole France no sea católico no es un problema, pero que alguien que se dice católico intente confundir a los que creen le resulta inadmisibile y llama a esta actitud: «una mala fe ambidiestra»⁶, porque confunde tanto a los adversarios como a los creyentes. Con el mismo tono implacable —y hasta las mismas palabras— con que había criticado a Jaurés en *Notre Jeunesse* por hacer pasar una cierta política socialista como si fuese una verdadera mística⁷, critica también ahora a los cristianos que «venden el cristianismo por una sonrisa»⁸. En comunión con el espíritu y el mensaje paulino, Péguy se vuelve un eco de aquellas palabras de la Carta a los Romanos: «no me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree: del judío primeramente y también del griego» (1,16).

⁵ Ch. Péguy, *Œuvres en prose 1909-1914*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, Paris, 1961, 949-950.

⁶ *Ibid.*, 957: «une mauvaise foi ambidextre».

⁷ *Ibid.*, 588-589: «Engañar a los simples es un doble engaño. Es robarles lo más querido: la creencia, la confianza y la confianza. Y Dios sabe si éramos simples, pobres, humildes. Es lo que ahora les causa risa. ¿Quiénes son —dice—, quiénes son estos imbéciles que creían lo que yo decía? Que se tranquilice, que espere. Largas son las vidas, encontrados los movimientos; mejor haría guardándose de caer en nuestras manos. Quizás no reirá tanto».

⁸ *Ibid.*, *Un nouveau théologien*: M. Fernand Laudet, 957: «Ese hombre que vende a su Dios (por una sonrisa, quiero decir, para no caer bajo la sonrisa de un augur del Partido Intelectual) (seca lujuria), este hombre que vende a su Dios y a la cristiandad. No entra con nosotros más que para vendernos».

Veamos ahora un acontecimiento particular de la biografía de Teresita que viene a retratar la sonrisa de los incrédulos; nos referimos al caso conocido como «el engaño de Diana Vaughan». En 1896 el ámbito católico francés se maravilla de la reciente conversión de la Srta. Vaughan, quien antiguamente había pertenecido al paladismo, una secta luciferina masónica. Un año antes, el periódico *La Croix* había pedido a sus lectores que rezaran a Juana de Arco por la conversión de esta joven. El Carmelo de Lisieux e innumerables creyentes que seguían de cerca el caso —entre ellos el mismo León XIII— reciben con alegría la noticia de su bautismo y leen con entusiasmo sus nuevos escritos antimasonicos, las *Memorias de una expaladista* y su *Novena eucarística*. Inspirada en la figura de Diana, Teresita escribirá una de sus recreaciones piadosas: *El Triunfo de la humildad*, donde expresa la lucha entre la luz y las tinieblas. La madre Inés le pedirá que escriba también algunos versos para enviarle a Diana, pero esta vez no logra inspirarse y se conforma con enviarle unas líneas y una fotografía de la obra de teatro en que representaba a Juana de Arco en la prisión. Diana le agradecerá por su parte, ese gesto simbólico. En abril de 1897, tras la presión de algunos sectores católicos que cuestionaban la existencia de la joven conversa, se organiza una conferencia de prensa donde finalmente Diana aparecería en público junto a Léo Taxil, quien hasta el momento había sido su vocero, para protegerla de las supuestas represalias masonicas. Proyectada en la pared de la sala, repleta de periodistas y personas de todos los credos, se ve la foto que Teresita le había enviado. Finalmente, Diana Vaughan nunca apareció y Léo Taxil anunció que tanto Diana como el paladismo y su propia conversión habían sido un engaño que demostraba la ingenua credulidad de la Iglesia. La mentira había durado 12 años. Al día siguiente, el Carmelo recibe con humillación la noticia del impostor y el uso de aquella fotografía que inocentemente le habían enviado. Teresita inmediatamente rompe la falsa carta de agradecimiento de Diana y suprime de sus escritos, tanto de *El triunfo de la humildad* como del *Manuscrito B*, toda alusión a la inexistente conversa. Sin duda, este engaño afectó profundamente a la joven carmelita quien, desde la Pascua de 1896, se encontraba sumida en una densa oscuridad interior. En el *Manuscrito C*, a pocos meses de morir, describió su lucha interior:

Pero de pronto, las nieblas que me rodean se hacen más densas, penetran en mi alma y la envuelven de tal suerte, que me es imposible

descubrir en ella la imagen tan dulce de mi patria. ¡Todo ha desaparecido...! Cuando quiero que mi corazón, cansado por las tinieblas que lo rodean, descanse con el recuerdo del país luminoso por el que suspira, se redoblan mis tormentos. Me parece que las tinieblas, adoptando la voz de los pecadores, me dicen burlándose de mí: «Sueñas con la luz, con una patria aromada con los más suaves perfumes; sueñas con la posesión eterna del Creador de todas esas maravillas; crees que un día saldrás de las nieblas que te rodean. ¡Adelante, adelante! Alégrate de la muerte, que te dará, no lo que tú esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada».⁹

Esta voz interior puede recordarnos a la voz burlona de Léo Taxil —o de tantos otros— pero lo cierto es que Teresita se reconoció ella misma sujeta a la oscuridad de la fe. Ciertamente este engaño le permitió experimentar la real y dramática posibilidad del hombre de decir «no» a Dios, de rechazar la luz; le permitió «conocer por experiencia que realmente hay almas que no tienen fe, y otras que, por abusar de la gracia, pierden ese precioso tesoro, fuente de las únicas alegrías puras y verdaderas»¹⁰. Pero ante esta situación, y sentada a la mesa de los pecadores incrédulos, Teresita opta por la representación: ser una más junto a sus hermanos (la solidaridad universal, para decirlo de modo péguyista), para que las sonrisas que brotan de las tinieblas se conviertan en sonrisas de luz:

Las tinieblas, ¡ay!, no supieron comprender que este Rey divino era la luz del mundo... Pero tu hija, Señor, ha comprendido tu divina luz y te pide perdón para sus hermanos. Acepta comer el pan del dolor todo el tiempo que tú quieras, y no quiere levantarse de esta mesa repleta de amargura, donde comen los pobres pecadores, hasta que llegue el día que tú tienes señalado... ¿Y no podrá también decir en nombre de ellos, en nombre de sus hermanos: Ten compasión de nosotros, Señor, porque somos pecadores...? ¡Haz, Señor, que

⁹ Teresa de Lisieux, *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos, 2003, Ms. C, 6vº, 279-280.

¹⁰ Ms. C, 5vº, 278. Cf. G. Gaucher, *En el drama de la incredulidad con Teresa de Lisieux*, Verbo Divino, Navarra, 1998, 29-30: «Si se le pregunta a alguien —yo ya lo hice— quién escribió esta frase, responde: Nietzsche, Lautréamont, Rimbaud, Sartre... Pues bien, no: ¡la escribió Teresa de Lisieux! Pero, ¡jojo!, no se trata de literatura, pues Teresa se está muriendo de tuberculosis».

volvamos justificados...! Que todos los que no viven iluminados por la antorcha luminosa de la fe la vean, por fin, brillar... ¡Oh, Jesús!, si es necesario que un alma que te ama purifique la mesa que ellos han manchado, yo acepto comer sola en ella el pan de la tribulación hasta que tengas a bien introducirme en tu reino luminoso... ¹¹

La sonrisa más humana

En esta situación dramática del hombre, ante la posibilidad de negar a Dios, sea por vergüenza ante un mundo que espera la exactitud empírica de la inteligencia moderna, o bien ante las puras tinieblas de aquellos que proclaman la nada misma, aparece discretamente la justeza de los simples. Esta *justesse* —para decirlo con Péguy— ubica al cristiano en el corazón de la fe: la Encarnación del Hijo de Dios. De este centro del credo proviene la confianza cristiana que le permite al hombre vivir, aun en medio de numerosas dificultades, en la alegría y la paz, ya que Dios ha enviado a su Hijo al mundo para la salvación del mundo. Péguy describe con cierto humor esta elección de Dios en oposición a toda postura desencarnada:

[Jesús] no había venido para separarse, para retirarse, del mundo. Había venido para salvar al mundo. Es un método completamente distinto. Comprenda usted, (amigo mío), si él hubiera querido retirarse, ser retirado del mundo, hubiera bastado con no venir, al mundo. Era así de simple. Así se hubiera retirado de antemano. Nunca lo hubiera tenido tan fácil. Nunca hubiera tenido una ocasión tan fácil. Si se hubiera tratado de separarse del mundo, de ser separado del mundo, jamás hubiera tenido una ocasión más fácil: quedarse sentado a la derecha del padre. Así se hubiera quedado tan tranquilo. Ya que ocupaba tranquilo un asiento a la derecha de su padre, estaba retirado del mundo, de cierta forma, como nunca lo estaréis vosotros, infinitamente más de lo que vosotros lo estaréis jamás. Si él hubiera querido retirarse del mundo, si tal hubiera sido su objetivo, era muy simple, solo debería no haber venido al mundo.¹²

¹¹ Ms. C, 6rº, 278-279.

¹² Ch. Péguy, *Œuvres en prose 1909-1914*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, Paris, 1961, *Véronique*, 373.

La venida de Dios al mundo es una garantía de su amor por nosotros y de aquí se desprende una verdadera voluntad de salvación, voluntad que nos permite confiar y esperar. Nos permite incluso sonreír y exclamar con el mismo gozo de Jesús: «Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido»¹³. En boca de Jesús los *pequeños* son los creyentes, la comunidad de los discípulos¹⁴. En el léxico de Teresita, los *pequeños* eran aquellos creyentes que, como ella, aspiraban a la santidad pero que, en comparación con los *grandes* santos, constataban una y otra vez su impotencia. El descubrimiento de su caminito («petite voie») viene a subsanar esta distancia, esta decapitación teológica que deja rodar por un lado la santidad de Cristo, cabeza, y por el otro, el cuerpo de los creyentes. Así, Teresita nos devuelve con su «pequeña doctrina»¹⁵ al primitivo sentido evangélico y paulino, que encuentra en el amor el vínculo de unidad de todo el cuerpo eclesial y centra la esperanza del pecador en Jesús, Hombre y Dios.

En un condensado texto en honor a la doncella de Orléans, *Juana, relapsa y santa*, Bernanos concluye su reflexión con un hermoso himno a la santidad de la Iglesia donde se encuentra cada santo con su peculiaridad; y de entre todos, la última mención es la de Teresa del Niño Jesús, con su «incomprensible sonrisa». Aparentemente, la carmelita no tiene algo que la distinga de los demás y ella había advertido que comparecería delante de Dios con «las manos vacías»¹⁶, de modo que no hay ninguna grandeza ni signo extraordinario que la diferencie del resto de los santos. Pero aquella misteriosa sonrisa parece expresar la alegría de un descubrimiento, el de la pequeñez del que confía y espera todo de Dios. Bernanos pudo intuir el sentido tan sencillo y humano de esa sonrisa y, en profunda sintonía con el pensamiento de Péguy, apela a una Iglesia que saque a sus santos de los relicarios y les devuelva su humanidad, su temporalidad:

La nuestra es la Iglesia de los santos. ¿A quién le confiaríais el cuidado de

¹³ Mt. 11, 25-26 ; Lc. 10, 21-22.

¹⁴ Cf. J. Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, vol. II, Encuentro, Madrid, 2011, 20-21; 35.

¹⁵ Ms. B 1vº, 256.

¹⁶ Or. 6, 758. Cf. Francisco, *C'est la confiance. Sobre la confianza en el amor misericordioso de Dios*, 19.

ese rebaño de ángeles? La sola historia, con su método sumario, su realismo estrecho y duro, los hubiese hecho añicos. Nuestra tradición católica los arrebató, sin herirlos, en su ritmo universal. San Benito con su cuervo, san Francisco con su mandolina y sus versos provenzales, Juana con su espada, Vicente con su pobre sotana, y la última que ha llegado hasta nosotros, tan extraña, tan secreta, ajusticiada por los negociantes y los simoníacos, con su incomprensible sonrisa —Teresa del Niño Jesús (...).

Nuestra Iglesia es la Iglesia de los santos. En ninguna otra parte podría uno imaginarse semejante aventura, y a la vez una aventura tan humana, la de la pequeña heroína [Juana] que pasa un día tranquilamente de la hoguera del inquisidor al Paraíso, delante de las narices de ciento cincuenta teólogos. (...) Que otros se ocupen de lo espiritual, que argumenten, que legislen: nosotros sujetamos lo temporal a manos llenas, nosotros sujetamos a manos llenas el reino temporal de Dios. Nosotros nos agarramos a la herencia de los santos porque (...) desde que Dios mismo nos visitó, ¿hay algo en este mundo que nuestros santos no hayan debido retomar, hay algo que no puedan darnos?¹⁷

Esta recuperación de la temporalidad de los santos quiere responder a la mezquina reducción de sus figuras, reducción que se ilusiona pensando que en la anulación de lo carnal obtendrán la pureza espiritual. Péguy estudia magistralmente este problema, o como él lo llama, este «error de cálculo», que opta por disminuir lo temporal para elevarse en lo eterno¹⁸ y que constituye el núcleo del pensamiento del partido devoto¹⁹. Abordando en muchos de sus escritos la tragedia de Corneille sobre el martirio de *Polyeucto*, Péguy encuentra en el noble combate entre Polyeucto y Severo, el punto más alto de encuentro entre la sabiduría cristiana y la sabiduría antigua. En su interpretación, descubre que Corneille ha sido preservado del lenguaje del

¹⁷ G. Bernano, *Juana, relapsa y santa*, Nuevo Inicio, 2019, 28-30.

¹⁸ Cf. Ch. Péguy, *Œuvres en prose 1909-1914*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, Paris, 1961, *Note conjointe*, 1444.

¹⁹ Sobre el origen del término y su evolución: B. Pierre, *El partido devoto y la paz en Francia en la década de 1610*. Serie Leo Belgicus 1, *El arte de la prudencia. En la tregua de los Doce Años en la Europa de los pacificadores*, Fundación Carlos Amberes, 2012, 354-363.

partido devoto gracias al sistema de pensamiento del combate leal, de modo que la tragedia sacra y la tragedia profana avanzan en igualdad de condiciones. Corneille no se basa en el desprecio de lo pagano para elevar lo cristiano, sino que ambos se defienden «en toda su exactitud y en toda su plenitud»:

El sistema de pensamiento de Polyeucto no exige que Dios desconozca, ignore y desprecie su propia creación, el mundo salido de sus manos. (También en esto es de lo más contrario al sistema devoto, que se pueda pedir).

De ahí la humanidad de Polyeucto, la ternura esfumada y firme, que va en aumento, cuanto más se acerca al martirio. (...).

Lejos de creer que su humanidad se opone a su santidad (como el sistema ateo y, paralela y conjuntamente, en el sistema devoto), muy por el contrario se tiene la impresión, se ve, que su santidad es tan grande que, surgida de la humanidad, fundada sobre la humanidad, se vuelve hacia ella y la nutre. Así son las verdaderas santidades y en ese rasgo se reconocen. Se sienten contentas, superabundan, rebosan. Cuanto más santo, y por lo mismo, tanto más bueno. Cuanto más mártir, y por lo mismo, tanto más humano. Son la bondad, la humanidad, la seguridad, la sonrisa y el abandono propios de aquellos que saben que están ganando para los demás.²⁰

Humanidad y santidad, abandono y sonrisa, van en aumento de modo proporcional. Los creyentes sonríen ante la nobleza del pensamiento antiguo porque junto con ello recuperan la humanidad y saben que sin ella no hay cristiandad, ni gracia, ni santidad posibles. La *justesse* de la Encarnación preservó a Péguy (como a Corneille) del lenguaje y del pensamiento del partido devoto, de modo que no encontramos en él ningún rastro de desprecio del mundo; no lo fue así para la figura de Teresita, que aún hoy debe ser recuperada de la mano de «los negociantes y los simoníacos», como los llama Bernanos. Pero, si bien ella no obró por oposición al sistema devoto, su doctrina —y podríamos decir también, la humanidad de su sonrisa—, obraron con el tiempo su implosión.

²⁰ Cf. Ch. Péguy, *Œuvres en prose 1909-1914*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, Paris, 1961, *Note conjointe*, 1451.

Las sonrisas entre el cielo y la tierra

En la obra poética de Péguy la sonrisa y la risa aparecen numerosas veces en sus versos asociadas a la paternidad o a la vida de familia. El joven mundo ríe ante la mirada de Dios; el Niño Jesús ríe en brazos de María y otras veces es san José quien hace reír al Niño Jesús; los padres ríen sentados a la mesa cuando escuchan a sus hijos decir ocurrencias o pensando en cómo se verán cuando sean grandes; los niños ríen cuando juegan y cuando duermen e incluso la Noche se inclina sobre ellos en sueños y los besa sonriendo. Pero nos detenemos ahora ante ese pobre padre leñador que se describe en *El Pórtico del misterio de la segunda virtud*, porque este padre que llora y ríe mientras trabaja pensando en sus hijos, llevará su esperanza mucho más lejos. Cuando los niños enfermen y él ya no pueda hacer nada por ellos, acudirá confiado a María:

No podía vivir con los niños enfermos.

Entonces había dado un golpe (un golpe de audacia), se reía todavía cuando lo pensaba.

Hasta se admiraba un poco. Y bien había de qué. Y se estremecía todavía.

Hay que decir que había sido realmente atrevido y fue un golpe audaz.

Y sin embargo todos los cristianos pueden hacer otro tanto.

Uno incluso se pregunta por qué no lo harán.

Como se toman tres niños del suelo y como se les pone a los tres.

Juntos. A la vez.

Por divertirse. Como quien juega.

En los brazos de su madre y de su nodriza que ríe.

Y protesta.

Porque se le deja demasiado.

Y no tendrá fuerza para cargarlos.

(...)

Ha dejado pues a sus hijos en lugar seguro y está contento y ríe para sí y aun ríe a carcajadas

y se frota las manos.

De la buena jugada que ha hecho.

Quiero decir de la gran idea que ha tenido. Que ha realizado.

(Así ya no podía aguantar.)

Ha entregado a sus hijos, los ha depositado en los brazos de la Santa Virgen.

Y se ha ido con los brazos caídos.

Se ha ido con las manos vacías.²¹

María es esa madre y esa nodriza que ríe ante este padre que ha encontrado ese paso tan breve hacia el cielo, ese refugio seguro que se encuentra en los brazos de la Virgen. Es consciente de su audacia y de la simpleza del golpe dado, de modo que sabe que no ha hecho algo sorprendente sino algo «que todos los cristianos pueden hacer». Péguy, que recibió esta gracia mariana peregrinando a Notre Dame de Chartres, encontrará en el abandono en brazos de María una nueva fuente de paz, oración y creación poética. La misteriosa sonrisa de este padre que se retira de la catedral después de haber caminado muchos kilómetros es perfectamente comprendida en el cielo, único testigo de su audaz jugada. La Virgen ríe y no puede rechazar la tarea simplemente porque se le pide que actualice aquella misión que su propio Hijo le encomendó desde la Cruz: «Mujer, ahí tienes a tu hijo»²².

También hubo otro padre, Luis Martín, pero este tenía el oficio de relojero y había comprado una casa con una torre y un jardín, y tenía una estatua de la Virgen de las Victorias. Su esposa ya había muerto, pero junto a sus hijas mayores, había encomendado a la más pequeña a la Virgen cuando estaba enferma y ya ningún médico podía ayudarla. También aquella vez la Virgen sonrió. Esta sonrisa acompañó a Teresita desde su infancia hasta su muerte y fue gracias a esta experiencia que se descubrió “hija de María”, como ella misma lo expresó en su poesía *Por qué te amo, María*:

Pronto iré a verte en el hermoso cielo.

Tú que vienes a sonreírme en la mañana de mi vida,

²¹ Ch. Péguy, *Œuvres poétiques complètes*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, Paris, 1957, *Pórtico*, 557-562.

²² Jn 19,26.

¡ven de nuevo a sonreírme... Madre... en mi tarde!...
No temo el resplandor de tu gloria suprema,
contigo he sufrido, y ahora quiero
cantar sobre tus rodillas, María, por qué te amo,
¡y repetir siempre que soy tu hija!...²³

Pero no solo María sonríe cuando los padres dejan en sus manos a sus hijos, sino que también los santos y los ángeles sonríen en este continuo inclinarse del cielo hacia la tierra. Porque así como el hombre encuentra en el cielo una fuente eterna de alegría y esperanza escondida a la cual acudir con audacia, así también —y mucho más de lo que imaginamos— la vida temporal de los hombres es fuente de gozo para el cielo. Recordando aquella segunda ofrenda de Luis Martín, aquel día en que Teresita ingresó al Carmelo, ella declara: «¡El espectáculo de aquel anciano ofreciendo su hija al Señor, cuando aún estaba en la primavera de la vida, tuvo que hacer sonreír a los ángeles...!»²⁴. Y durante los últimos meses de su enfermedad, cuando atravesaba una gran oscuridad interior, sueña con Ana de Jesús, fundadora del Carmelo en Francia, a quien le pregunta si Dios estaba contento con ella y si le pedía algo más que sus pobres obras y sus deseos. Ana le responde sonriendo y le explica que Dios no le pedía ninguna otra cosa y que estaba muy contento: «Aún me parece estar viendo la mirada y la sonrisa llenas de amor de la Venerable Madre»²⁵.

El hecho de que Dios esté contento con sus grandes santos, es razonable. Pero que esté *muy* contento con aquellos que no tienen más que las manos vacías, resulta desconcertante. Esta alegría del cielo nos debe conducir a la lógica de la infancia que resulta ser la fuente de mayor gozo de Dios. La experiencia de la paternidad de Péguy vuelve a expresarse poéticamente en *El misterio de los santos inocentes*, dejando en boca de Dios unos maravillosos versos donde explica sus siete razones para que sean los niños inocentes los únicos que pueden cantar en el Reino de los Cielos aquel *cántico nuevo*

²³ Po 54, 25.

²⁴ Ms A, 69r°, 216.

²⁵ Ms B, 2r°, 257.

mencionado en el Apocalipsis. Las tres primeras razones son simplemente porque los quiere y le gusta que sea así, la cuarta, porque ellos no llegaron a tener ese pliegue de amargura y envejecimiento en los labios, y las últimas tres, porque los niños le recuerdan a su propio Hijo. Es decir, al igual que en la tierra, existen en el cielo razones de infancia que solamente un corazón de padre puede comprender.

Eso es lo que me gusta, dice Dios.

Solo lloraban, y reían, y mamaban, y gritaban, y dormían.

Esa era su enorme, su más seria ocupación.

(...)

Les quiero inocentemente, dice Dios. Y esa es la séptima razón.

(Así es como hay que amar a esos inocentes)

Como un padre de familia quiere a los compañeros de su hijo

Que van a la escuela con él.²⁶

Desde la antigüedad el hombre desea ser fuente de alegría para Dios y ha recorrido innumerables caminos en búsqueda de aquello que pudiera complacerlo en una actitud milenaria de nostalgia por recuperar su amistad. Muchas veces los héroes, gracias a su audacia y a sus plegarias, complacieron a los dioses y consiguieron ser escuchados en sus peticiones, como lo atestiguan los antiguos poetas. También el libro de la *Sabiduría*, que declara lo insondable de la voluntad de Dios, expresaba que este conocimiento debía venir de lo alto: «¿Quién habría conocido tu voluntad si tú mismo no hubieras dado la Sabiduría y enviado desde lo alto tu santo espíritu? Así se enderezaron los caminos de los que están sobre la tierra, así aprendieron los hombres lo que te agrada y, por la Sabiduría, fueron salvados» (9,17-18). Toda esta sabiduría antigua será heredada por la comprensión cristiana de lo que agrada a Dios; y la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, encontrará siempre en Cristo al mediador definitivo para dirigirnos a Dios, de modo que el cielo ya no pueda mirar hacia la tierra sin ver en ella al Verbo Encarnado. La Madre de Dios, los ángeles y todos los santos, cuando miran

²⁶ Ch. Péguy, *Œuvres poétiques complètes*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, Paris, 1957, *Inocentes*, 811; 819.

hacia la tierra, en una eterna réplica del gozo del corazón de Dios Padre, encuentran sobre todo una razón cristológica para sonreír: «Es que ellos eran semejantes a mi hijo. Y él era semejante a ellos»²⁷.

La fecundidad de la vida contemplativa de la Iglesia alcanza también a los poetas. Y los frutos de los poetas alimentan la vida contemplativa de la Iglesia. No hay que elegir entre uno u otro, ni hacer cálculos estériles. Ya la Divina Comedia testifica que los poetas y los santos son quienes conducen a los creyentes por el camino bienaventurado. Debemos simplemente recibirlos a ambos con una sonrisa de agradecimiento y dejar que sigan guiándonos amablemente hasta lo más cierto de la ternura del corazón de Dios. Pero que nadie nos obligue a preferir a uno sobre otro, ya que tampoco Dios sabría elegir entre tantas figuras bellas de los bellos días de nuestra tierra.

Así que Dios no sabe entre tantos días hermosos
Lo que más le gusta, si es la joven infancia
Y si es el trabajo o los juegos y la danza
O la fidelidad de los terrenales amores.²⁸

²⁷ *Ibid.*, *Inocentes*, 817.

²⁸ *Ibid.*, *Eva*, 1168: «Ainsi Dieu ne sait pas entre tant de beaux jours/ Ce qu'il aime le mieux, si c'est la jeune enfance/ Et si c'est le travail ou les jeux et la danse/ Ou la fidélité des terrestres amours».